

# Ciudad y campo

## Producción y distribución

De Matthijs acá, los conservadores de todas las escuelas han sostenido que la miseria no deriva de la injusta distribución de la riqueza, sino de la limitada productibilidad y de la deficiente industria humana.

El socialismo es, en su origen histórico y en su esencia fundamental, la negación de aquella tesis; o lo que es lo mismo, la afirmación precisa de que el problema social es, ante todo, una cuestión jurídica social, una cuestión de distribución. Mas, cuando los socialistas empeñaron a pactar con el poder y con las clases poseedoras, esto es, cuando hubo dejado en realidad de ser socialistas, se pusieron, también, en formas un poco más modernas, a sostener la tesis de los conservadores.

Si semejante tesis fuese verdadera, sería falso que el antagonismo entre patronos y obreros fuese irreductible, porque hallaría solución en el interés que tendrían patronos y obreros en aumentar la producción; sería falso el socialismo cuando menos, como medio actual para resolver el problema social. Y, en efecto, ya hemos oido a Tucatí sostener que los obreros deben en las huelgas cuidar de que no se arrienen los patronos y sus industrias, y antes de Tucatí, Ferri dijo que los socialistas debían favorecer el enriquecimiento de los burgueses; y los más destacados representantes del socialismo italiano van por ahí aturdiéndolos contra el interés que tienen los proletarios de ser gobernados por una burguesía rica, cortés, moderna.

Esta nueva predicción de los socialistas, que tiende a hacer abandonar al proletariado consciente la vía, madre de la lucha de clases empujándole hacia el callejón sin salida del reformismo burgués, es tanto más peligrosa cuanto que toma por pretexto un hecho cierto el de la insuficiencia de productos actual para satisfacer, aún en límites restringidos, las necesidades de todos, y después de haber impresionado al público con una demostración de aquel hecho, con un pequeño expediente sofístico cambia el efecto en causa y saca sin dudas las erróneas conclusiones que sirven sus propósitos.

Es necesario analizar el sistema.

Claro que la producción en general y los artículos de primera necesidad son escasos, insuficientes, casi ridículamente pequeños con relación a lo que debería y podría ser.

El hambre que pasa por los almacenes atestados de géneros alimenticios, el que creciendo de todo ve los esfuerzos que hacen los comerciantes por vender los géneros demasiado abundantes en relación a las demandas del público, podrían creer que hay de todo en abundancia para todos y que sólo faltan los medios para poder comprar. Los anarquistas, ilusionados con las cifras, más o menos cabalísticas de la estadística y aun para disponer en la propaganda de un argumento impresionante y de fácil comprensión para la masa ignorante, han podido sostener que la producción efectiva supera, con larguera, a todas las necesidades racionales y que bastaría que el pueblo tomase posesión de la riqueza para que todos pudiesen vivir en la abundancia. Y el efecto de las sucesivas crisis sedentarias de sobreproducción (esto es, el trabajo que falla porque los patronos no encuentran compradores para los productos que han acumulado) ayuda a confirmar en la mente de la generalidad esta impresión superficial.

Más un poco de crítica fría hará comprender claramente que esta pretendida gran riqueza debe ser una ilusión.

Lo que consume la gran masa del pueblo es insuficiente para satisfacer las más elementales necesidades; la inmensa mayoría de los hombres come poco y mal, vive y vive mal y este mal provista de todo; muchos mueren lentamente de hambre y de frío. Si verdaderamente se produjese tanto lo que alcanzase a todos, ¿por qué los más no consumen bastante y dónde se acumula el excedente anual de la producción? ¿Y por qué conceivable aberración los capitalistas, que hacen producir para vender y obtener beneficios, continúan haciendo producir aquello que no hablan de vender?

Por la concurrencia que los capitalistas se hacen entre sí y la ignorancia en que algunos están de la cantidad de productos que los otros puedan en un momento dado mandar a la plaza; por el espíritu de especulación, por la avaricia de la ganancia y por error de previsión puede ocurrir y ocurrir frecuentemente en las industrias manufactureras, cuya tontuza productiva es más elástica, que se produce más de lo que demanda en un momento dado; pero entonces sobreviene la crisis, la suspensión del trabajo, y el equilibrio se restablece; a lo largo, normalmente, no se produce más que aquello que se consume. Es el consumo el que gobierna a la producción y no a la inversa.

Por lo demás, respecto a los productos alimenticios, que son los de más vital importancia, hasta tener en cuenta las terribles consecuencias que en los países agricultores de una cosecha que falta para convencerse de que comiendo tan mal como come la generalidad, apenas se produce lo bastante para tirarlo de un año a otro.

Si toda la masa de la riqueza producida anualmente, de la cual hay más de la mitad que va a parar al pequeño número de capitalistas, fuese distribuida igualmente entre todos, en condición del obrero mejoraría muy poco y además su parte corresponde aumentaría, no en las cosas necesarias, sino en las basuras, poco menos que inútiles, cuando no dañosas. En cuanto al pan, a la carne, a la caza, al vestido y demás artículos de primera necesidad, la parte que los ricos consumen es exceso o disipio, desviada entre la masa innumerable, no produciría cambio alguno sensible.

Así pues, la producción es insuficiente y urge aumentarla: estamos de acuerdo.

Pero, ¿por qué no se produce más? ¿Por qué hay tantas tierras incultas y tantos mal cultivados? ¿Por qué tantas máquinas paradas? ¿Por qué tantos obreros desocupados? ¿Por qué no se edifican casas para todos,

se hacen vestidos para todos, etc., puesto que abundan los materiales y los hombres aptos y deseosos de utilizar dichos materiales?

La razón es clara, y no habrá de parecer nuevo a quien quiera que se diga socialista. Y es que los medios de producción, suelo, materia prima, instrumentos de trabajo, no están en manos de todos los que tenemos necesidad de los productos, sino que pertenecen, por el contrario, como propiedad privada a un pequeño número de personas que se sirve de ellos para hacer trabajar a los demás por su cuenta y sólo en la cantidad y forma que conviene a su propio interés.

Bien el hombre no tiene derecho a parte alguna de los productos que el sólo hecho de ser hombre; si come y vive es únicamente porque el capitalista, el poseedor de los medios de producción, tiene interés en hacerle trabajar para poderle explotar.

Ahora bien; el capitalista no tiene interés en desarrollar la producción más allá de un cierto límite y, por tanto, está interesado en que haya siempre una relativa escasez. En otros términos, el capitalista hace producir en tanto cuanto puede vender los productos más caros de lo que le costan y aumentar la producción a fin de que rápidamente aumenten sus beneficios; pero cuando ve que para vender de rebajar en demasia los precios y que la abundancia conduce a una disminución absoluta de beneficios, retiene la producción almacenada—como sucede mil veces—, destruye una parte de los productos disponibles para aumentar el valor de la parte restante.

Por eso si se quiere que la producción erreza de modo que alcance a satisfacer las necesidades de todos, es preciso que aquella sea dirigida en el sentido de la necesidad de satisfacerlas, y no ya por los beneficios particulares de algunos. Es necesario que todos tengamos derecho a gozar de los productos; es necesario que todos tengamos derecho a usar de los medios de producción.

Si todo el que tiene hambre tuviese derecho a tomarse el pan que necesita, sería preciso hacer de modo para que hubiese para saciar a todos y entonces se cultivaran las tierras incultas y a los métodos antiguos se substituirían por métodos más productivos. Si, por el contrario, como ocurre hoy, la riqueza existente en medios de producción y en productos acumulados pertenece a un clase especial de personas, y esta clase, provista de todo, pudiese prender y fusilar a los hambrientos que gritan desnudados, la producción quedaría reducida al límite señalado por los intereses capitalistas.

En conclusión: la causa de la escasez de producción es hoy la distribución limitada; y si quiere destruir el efecto se necesita destruir la causa.

Para que se produzca bastante para todos, es preciso que todos tengamos derecho a consumir bastante.

De modo que queda demostrada la verdadera tesis socialista, o sea, que el problema de la miseria es, ante todo, una cuestión de distribución.

ENRIQUE MALATESTA

## INSTINTO Y RAZÓN

La sociedad capitalista que padecemos es cosa bien absurdita.

Las fieras que viven en sociedad no tienen organización tan imperfecta.

Por lo menos, están libres de prejuicios y no apelan a la razón para justificar la menor razonable de las existencias.

En la bestia todo es instinto; en el hombre de nuestra sociedad, instinto y pasiones.

La razón es en este último, la organización de sus egoismos.

El egoísmo es la fuerza dinámica que impulsa al hombre.

Hasta en el amor que cree experimentar por sus semejantes existe el egoísmo en grado superlativo.

Porque aun en el amor busca siempre una compensación.

¿Cuántos podemos contar que practiquen el bien por el bien mismo?

El que se aventura a separar su diestra mano del bolsillo del chaleco para socorrer a un hermano caído, lo hace por concederse la infinita satisfacción de una vanidad.

Porque ese acto no es para el hombre un deber de humanidad, sino una virtud que le adorna extraordinariamente, según él.

Mas, aun así y todo, pronto vuelve la mano al bolsillo.

¡Cansancio de practicar esa mal llamada virtud!

Razón, Egoísmo.

La Humanidad es para el hombre la unidad seguida de ceros.

El hombre es la unidad; la Humanidad, los ceros.

Sin la unidad antepuesta, los ceros no tienen valor ninguno. Y la unidad adquiere tanto más valor, cuanto más ceros se superpongan ella.

Por eso, el hombre no reparáa en vivir a costa de muchos ceros. En realidad, no reconoce deberes ni virtudes. Vive y se desenvuelve sólo a base de razones, de egoísmos.

Si entre los animales de la Naturaleza me basta, cabido lo suerte de ser fiero, yo salvo prescindir del hombre. Pero en mi triste condición de racional, el hombre que en mí vive no me inspira sino osco.

Asco insuperable, producido por la cultura que hemos alcanzado en la organización de nuestros instintos, desviados fatalmente de sus cauces naturales por eso que llamamos Razón.

## Acción revolucionaria

La C. N. T. es la preocupación del día. Todo el mundo habla y se interesa por ella. Unos para recibir sus favores, otros para ver si pueden desviarse de su recta trayectoria apolítica y revolucionaria. Los políticos, los que se dedican al mal arte de engañar a los pueblos, los que desde los abrigos de su infancia se les enseñó el odio al trabajo, los que nunca han doblado la cerviz bajo el peso de una herramienta, ahora se preocupan de un organismo de trabajadores como la Confederación Nacional del Trabajo.

Muchos sectores, que antes de caer la monarquía se desvelaban para estar en buenas relaciones con nosotros, sabedores del valor revolucionario que representábamos, nos combaten, nos calumnian y nos difaman en su nombre de la patria, aunque se hunda el vecino en el abismo.

El silencio de la maldad hace más estragos que las matanzas fanáticas, más que los bacilos de Koch y las espiroquetas venéreas.

Es una verdad aplastante que los estados políticos y capitalistas nunca se han preocupado de la paz de los pueblos ni en los hechos más insignificantes. Desde 1919 que viene funcionando el pacto Kellogg, sin demostrar prácticamente que haya hecho nada en bien de la fraternidad universal. Las estadísticas de presupuestos de guerra son alarmantes, la militarización, como las investigaciones científicas al servicio de la matanza de carne humana progresan diariamente, mientras que los estadistas, políticos y filósofos (oficiales) dan toda clase de facilidades para que los materiales mortíferos vayan perfeccionándose, en vez de que en las escuelas, se llene de utilidades pedagógicas, y razonadas, vemos que toda la actividad política estriba en fortalecer el sentimiento de castas y razas en la cual sin una transformación social en todos sus aspectos será imposible que la paz descadada por todos se convierta en realidad. Factores existen imposible de armonizar, y es que ante la usurpación de las riquezas nacionales, tiene vital de la vida, ante las injusticias en todos sus aspectos, aparecen en el mercado en paro forzoso más de 30 millones de trabajadores, sin trabajo, más el aumento de hijos y compañeras suman cerca de 90 millones de seres humanos que no comen pan. Pueden estar los capitalistas internacionales tranquilos ante la amenaza constante de los que quieren trabajar y no encuentran trabajo, de los que quieren comer y no tienen pan? No, y mil veces no. Ellos necesitan eliminar los 30 millones de los errantes vagabundos horados sin trabajo, para poder, satisfactoriamente, terminar sus días de vida. Ante este peligro que está encima, ellos inventan, trabajan, no para romper las relaciones diplomáticas por cieras competencias de mercados internacionales, no, y aunque esto impera, la transversal es la quiebra económica internacional. Ellos saben muy bien que la desaparición proletaria es lo mismo en Oriente que en Occidente. En Europa, América y en todas partes se vislumbra el hombre, el dolor, y ante esto avanza la revolución del pueblo hambrío, ellos quieren poner en práctica la tan deseada carneficina, como medio de la felicidad capitalista. Nosotros no dormiremos mientras no consigamos la paz verdadera, que no estriba en congresos diplomáticos, sino en la igualdad económica, factor determinante de la felicidad universal, rompiendo, travas, dogmas, fronteras y todo lo que buela a podrido y arcaico, para que entonces puedan los hombres llamarse hermanos. Mientras no consigamos esto, gritaremos: ¡Guerra a la guerra! ¡Guerra a la fara, a los taurinos y vividores! ¡Guerra a todos, los que comen sin trabajar!

Se defiende las matanzas de la gran guerra; luego, el 12 de febrero de 1926, vociferaba: «Que nunca consentiría yo que mi patria vaya nuevamente a otra matanza como la del 14».

Todos dicen lo mismo: «Después del crimen realizado, dicen que ya no lo harán más». Es lastimoso que maestros con solemnidad moral pierdan el tiempo con sus grandes Congresos, como el de la Itaya, hace poco, en número de 600 delegados representando un total de 40.000.000 en contra de la guerra, mandando mensajes a los Gobiernos, para que eviten nuevos cataclismos, olvidando que los motivos radican profundamente en el sistema político y capitalista, como basamento de la actual desviación de castas y razas en la cual sin una transformación social en todos sus aspectos será imposible que la paz descadada por todos se convierta en realidad. Factores existen imposible de armonizar, y es que ante la usurpación de las riquezas nacionales, tiene vital de la vida, ante las injusticias en todos sus aspectos, aparecen en el mercado en paro forzoso más de 30 millones de trabajadores, sin trabajo, más el aumento de hijos y compañeras suman cerca de 90 millones de seres humanos que no comen pan. Pueden estar los capitalistas internacionales tranquilos ante la amenaza constante de los que quieren trabajar y no encuentran trabajo, de los que quieren comer y no tienen pan? No, y mil veces no. Ellos necesitan eliminar los 30 millones de los errantes vagabundos horados sin trabajo, para poder, satisfactoriamente, terminar sus días de vida. Ante este peligro que está encima, ellos inventan, trabajan, no para romper las relaciones diplomáticas por cieras competencias de mercados internacionales, no, y aunque esto impera, la transversal es la quiebra económica internacional. Ellos saben muy bien que la desaparición proletaria es lo mismo en Oriente que en Occidente. En Europa, América y en todas partes se vislumbra el hombre, el dolor, y ante esto avanza la revolución del pueblo hambrío, ellos quieren poner en práctica la tan deseada carneficina, como medio de la felicidad capitalista. Nosotros no dormiremos mientras no consigamos la paz verdadera, que no estriba en congresos diplomáticos, sino en la igualdad económica, factor determinante de la felicidad universal, rompiendo, travas, dogmas, fronteras y todo lo que buela a podrido y arcaico, para que entonces puedan los hombres llamarse hermanos. Mientras no consigamos esto, gritaremos: ¡Guerra a la guerra! ¡Guerra a la fara, a los taurinos y vividores! ¡Guerra a todos, los que comen sin trabajar!

JOSÉ ESPASA

## EN VÍSPERAS DE UNA GRAN GUERRA

Se defiende las matanzas de la gran guerra;

luego, el 12 de febrero de 1926, vociferaba: «Que nunca consentiría yo que mi patria vaya nuevamente a otra matanza como la del 14».

Todos dicen lo mismo: «Después del crimen realizado, dicen que ya no lo harán más». Es lastimoso que maestros con solemnidad moral pierdan el tiempo con sus grandes Congresos, como el de la Itaya, hace poco, en número de 600 delegados representando un total de 40.000.000 en contra de la guerra, mandando mensajes a los Gobiernos, para que eviten nuevos cataclismos, olvidando que los motivos radican profundamente en el sistema político y capitalista, como basamento de la actual desviación de castas y razas en la cual sin una transformación social en todos sus aspectos será imposible que la paz descadada por todos se convierta en realidad. Factores existen imposible de armonizar, y es que ante la usurpación de las riquezas nacionales, tiene vital de la vida, ante las injusticias en todos sus aspectos, aparecen en el mercado en paro forzoso más de 30 millones de trabajadores, sin trabajo, más el aumento de hijos y compañeras suman cerca de 90 millones de seres humanos que no comen pan. Pueden estar los capitalistas internacionales tranquilos ante la amenaza constante de los que quieren trabajar y no encuentran trabajo, de los que quieren comer y no tienen pan? No, y mil veces no. Ellos necesitan eliminar los 30 millones de los errantes vagabundos horados sin trabajo, para poder, satisfactoriamente, terminar sus días de vida. Ante este peligro que está encima, ellos inventan, trabajan, no para romper las relaciones diplomáticas por cieras competencias de mercados internacionales, no, y aunque esto impera, la transversal es la quiebra económica internacional. Ellos saben muy bien que la desaparición proletaria es lo mismo en Oriente que en Occidente. En Europa, América y en todas partes se vislumbra el hombre, el dolor, y ante esto avanza la revolución del pueblo hambrío, ellos quieren poner en práctica la tan deseada carneficina, como medio de la felicidad capitalista. Nosotros no dormiremos mientras no consigamos la paz verdadera, que no estriba en congresos diplomáticos, sino en la igualdad económica, factor determinante de la felicidad universal, rompiendo, travas, dogmas, fronteras y todo lo que buela a podrido y arcaico, para que entonces puedan los hombres llamarse hermanos. Mientras no consigamos esto, gritaremos: ¡Guerra a la guerra! ¡Guerra a la fara, a los taurinos y vividores! ¡Guerra a todos, los que comen sin trabajar!

De Briand, es bien palpable, cuando en el Congreso de 1892, en Marsella, abogó por la huelga general revolucionaria; más tarde, pidió impedido consciente-

## La revolución en las conciencias

Hablar de la revolución consciente, de la transformación social por evolución, religiosa, pacifista y moderada, es soñar en lo irreversible, imposible y ardiente de conseguir. Es preciso repasar la historia para darnos cuenta de todos las transformaciones legislativas, como leyes más o menos evolutivas en el sentido ético, libre del pensamiento, para precisar quiénes fueron los más avanzados en las etapas de transformación social. No se quiere negar con esto que el valor moral, ético, artístico y literario esenciales desde los primeros albores de la investigación humana en los deliciosos laberintos de las leyes naturales, no fueron provechados a nuestros empíricos revolucionarios; pero, ha precisado, para que el libre pensamiento tuviera expansión amplia y elevado movimiento de fuerza para librarse de las garras capitalistas—estáiles y religiosas—, para que la vez tuviera campo abandonado el pensador e investigador sin la preocupación de las amenazas de los Estados. España, Grecia, Roma y toda la Edad Media, con los A. Rojas a la cabeza, invitaron que impusieran la fuerza a la fuerza, para que la libertad fuera respaldada y a la vez conquistar más amplias reivindicaciones morales como económicas. Es así como, después de una represión sangrienta en el siglo XIII, en Francia e Inglaterra, los campesinos de ambos países reaccionaron con el nombre de revolución social Bannida: «revolución de los Jacquieries», conquistando sus derechos comunitarios. Los filósofos de todos los tiempos, los pedagogos, como sociólogos, nunca han podido realizar ningún acto revolucionario desde sus laboratorios de estudio, como ningún Gobierno podrá intentarlo solamente desde el Parlamento.

Ahora como siempre, sin el esfuerzo económico del campo y la ciudad, sin el servicio vivo del pueblo, sin el esfuerzo ético, vivo y viril de los trabajadores, sin los continuos levantamientos populares en acciones revolucionarias, la llamada revolución de conciencia será un mito, como lo hubieran sido todas las utopías científicas llamadas por la Teoría a las inventivas de Copérnico, Galileo, etc.

Hemos visto que el feudalismo y demás estados ponían diques de contenido a todas las aspiraciones nobles de los pensadores de sus siglos para evitar que las verdades no fueran conocidas por los pueblos; precisó los levantamientos de diferentes sectas, entre ellas los Anabaptistas, para deshacer parte de la tiranía del pensamiento, como mejorar la causa económica de los trabajadores. Fueron las fuentes más cristianas donde se embrujaron Voltaire, Rousseau y los Encyclopédistes; pero la